

Mujer de unos setenta años en adelante.

MUJER. Llevo horas, quizás días, sentada en pijama frente al televisor. No me he aseado. No me he acostado. No he comido. El miedo me paraliza. No sé qué voy a hacer con mi vida. El momento que tanto temía, aquel en el que no quería pensar y con el que no paraba de soñar, ha llegado. Me he quedado sola.

¡Yo que desde pequeña he tenido tanto temor a la soledad! A mí, que me daba miedo hasta la hora de la siesta, con su silencio... Finalmente, estoy sola. Yo que me casé, sí Julián, que me casé por no quedarme sola. Mis padres se hacían mayores... Soltera sí, pero sola no. No podía soportar la idea. De pequeña, mientras mis amigas fantaseaban, yo pensaba que lo mejor de estar casada debía ser no volver a dormir sola nunca más. Tener a alguien junto a mí en la oscuridad de la noche.

¿Cómo se puede vivir sin nadie con quien compartir la alegría y el dolor? ¿A quién le voy a contar mis penas? ¿Quién se va a acordar de mi cinturita de avispa y de mis caderas redondas? ¡Las caderas más redondas que habías visto nunca! ¿Recuerdas? ¿Quién me ayudará a subir la cremallera? ¿Y a darme la crema? Porque, Julián, aunque disimulara, me he hecho vieja.

Ahora soy como esas sombras negras y alargadas que se proyectaban en las paredes blancas de mi pueblo: vieja, triste y sola. ¿Qué haré ahora? ¿Sentarme a esperar la muerte como ellas? No sé vivir en esta soledad que se oye, pero, ¿me voy a dejar morir

lentamente como mi madre, mi abuela, la abuela de mi abuela? Unas, resignadas, las otras llenas de amargura. ¿Me voy a quedar aquí hablando solo contigo?

Se tiene que poder. Tengo que poder seguir viviendo. Encontrar la serenidad, buscar en mi interior. Vencer el miedo, el miedo a mi miedo. La vida sigue en el sol que se cuele entre las hojas de los árboles, y en las gotas de lluvia que se deslizan por el cristal desde el que miro el mundo.

Compartir ese pedacito de vida que te ofrecen los demás. Reírme cuando se ríen todos. Alegrarme con esas pequeñas, minúsculas cosas..., la niña pelirroja de la terraza de enfrente, que cada vez que me ve me tira un beso, el gato de la vecina que se acuesta entre las flores de la ventana, o los gorriones que comen el pan que les dejo. Me quejaré de lo mismo que mis amigas tomando café. Aprenderé a escuchar lo que no hablan... Quizás ahora pueda ayudar a otros. ¿Por qué no? Todavía puedo ser útil. Un poquito. Un poquito a veces es mucho para alguien que lo necesita..., y sentir ese calor interior al compartir.

Tengo que levantarme y seguir. Seguir andando, porque en el camino nunca se va solo.

A todas las personas mayores que están viviendo estos momentos en soledad.

La escena comenzará a media luz. La actriz vestida de oscuro, despeinada y casi sin maquillar. Una ventana a su espalda. Todo muy sobrio hasta que dice “se tiene que poder”. En ese momento subirá la luz y, mientras se gira hacia la ventana, se colocará una rebeca o chaqueta muy colorida, se alisará el pelo, se pintará los labios de rojo e irá cambiando el semblante. Saludará a la niña pelirroja, le sonreirá al gato y, en definitiva, a la vida.

#IMAGEN

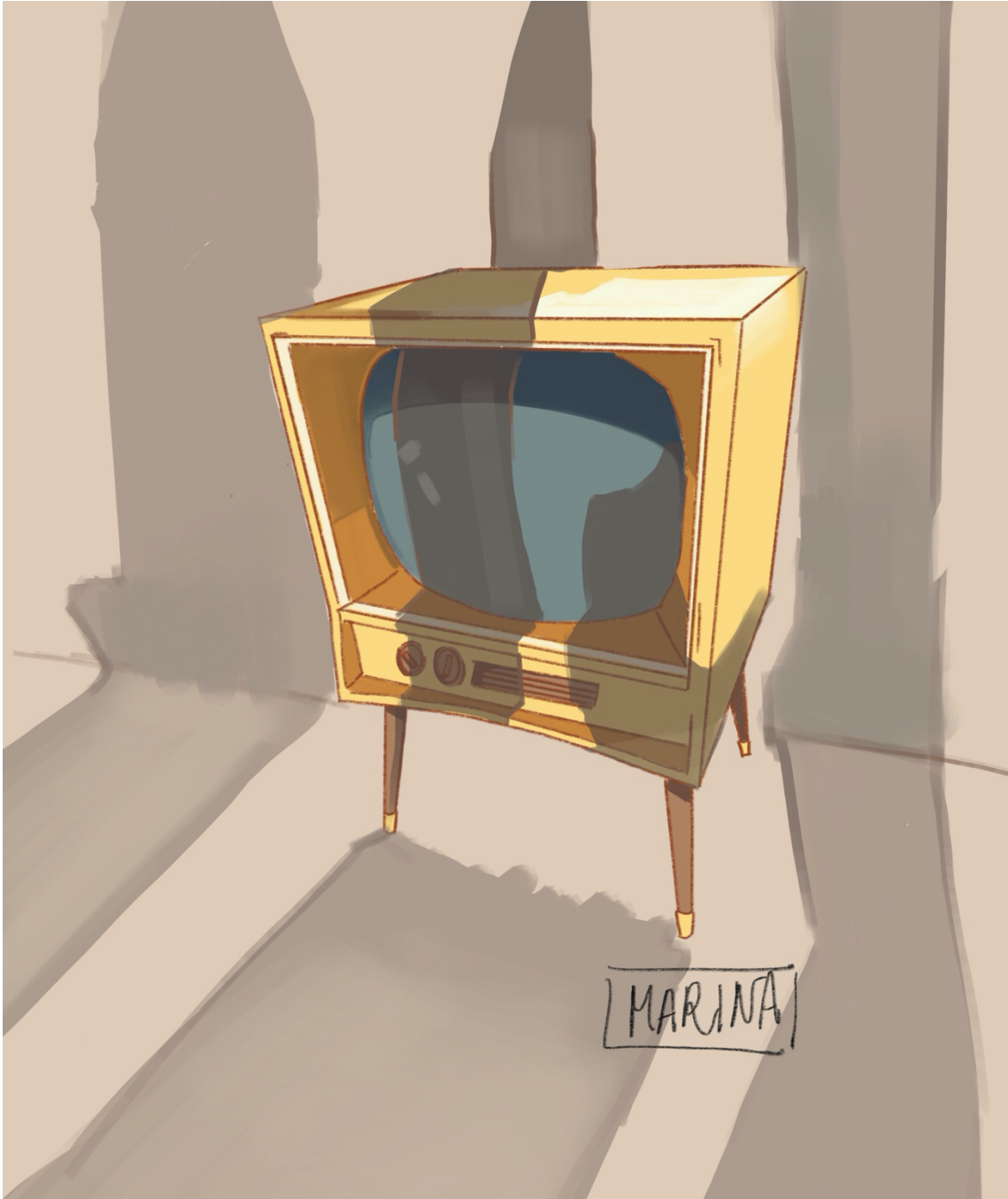


Ilustración: Marina San Miguel.